

**LUIDO
ESTAMO**

**FBJE.Foll
000.971**





Colegio Mayor Guadaira

1945-1970

UNIVERSIDAD DE NAVARRA
SERVICIO DE BIBLIOTECAS

Sevilla se compone de gentes y de cosas, de creencias y saberes, de instituciones, de clima, de paisajes y edificios: todo un mosaico de elementos preciosos fundidos con una gracia especial. Entre estas instituciones sevillanas destaca su Universidad. Las líneas que siguen van a dedicarse a hacer historia de una parte pequeña de la Universidad de Sevilla, el Colegio Mayor Guadaira.

A quienes no sean de aquí les diremos que la Universidad sevillana, instalada desde 1771 en el viejo edificio de la calle Laraña, ha encontrado nueva sede en la antigua Fábrica de Tabacos, construida en el siglo XVIII, junto al Parque de María Luisa. Este edificio alberga hoy tres Facultades —Derecho, Ciencias y Filosofía y Letras— y el Rectorado. Más de 8.000 alumnos, con la Facultad de Medicina y las Escuelas Técnicas, para una ciudad que supera ya los 600.000 habitantes.

Y añadiremos, antes que nada, que el Colegio Mayor Guadaira, en estos veinticinco años de su historia, ha pretendido empeñarse en una amplia tarea de formación dirigida a los universitarios que acuden a Sevilla.

No se trata de rendir aquí cuenta de una misión cumplida. Guadaira es una tarea recién comenzada, que nunca alcanzará una situación tranquila, sosegada, sin problemas. Por el contrario. Vamos a relatar, a grandes rasgos, cómo nació este Colegio Mayor, obra corporativa del Opus Dei, y cómo creció hasta cumplir la mayoría de edad, para que se vea que, en cada curso, está casi todo por hacer de nuevo: gentes que se van, estudiantes que comienzan, edificios que se amplían... Guadaira es un organismo vivo, no satisfecho con sus veinticinco años, aunque los celebre con alegría.

El 23 de mayo de 1970, el Colegio Mayor se vistió de gala. El Rector de la Universidad hispalense, D. José Antonio Calderón Quijano, presidía el acto académico conmemorativo del XXV Aniversario. Con este motivo, el Director de Guadaira, D. Jaime López de Asiain, Catedrático de la Escuela Superior de Arquitectura, diría a los colegiales:

«Guadaira ha logrado en estos años una primera cota de madurez en la labor universitaria, social y cristiana, que venía realizando desde su creación, cuando todo era pequeño y difícil. Aquí vais a encontrar nuevas posibilidades, pero también nuevas exigencias en los grandes temas de la vida del universitario: en el trabajo y en el estudio serio y profundo; en la formación humana y en la convivencia llena de solidaridad; en la luz de la fe y del espíritu cristiano, patrimonio de todos los hombres, meta más preciada de nuestros esfuerzos.»

Guadaira tiene aún mucho que hacer. Al leer en estas páginas de su nacimiento y adolescencia y comienzos de madurez, animate a acompañarle en su próxima y dilatada andadura.

UNIVERSIDAD DE NAVARRA

UNIVERSIDAD DE NAVARRA
BIBLIOTECA DE HUMANIDADES

.LB1521730
R.38.474



El mosaico de la Virgen que preside la vida del viejo Guadaira desde los muros de su patio sevillano, recibe hoy, como ayer, las miradas de devoción mariana de muchos centenares de universitarios en la nueva sede del Colegio Mayor.

álbum



Las mesas de la sala de estudio han contemplado muchas horas de trabajo desde su instalación en el Guadaira de la calle Canalejas. Hoy, nuevas generaciones de universitarios las llenan como entonces.



Muchos profesores universitarios e intelectuales sevillanos han pasado por la tribuna de Guadaira. Todos los ámbitos del saber, los problemas de la ciudad, la prensa, la actualidad artística y deportiva, tuvieron cabida en los coloquios, abiertos a los puntos de vista y opiniones de todos los asistentes.



«Al fondo del patio, tras subir unos escalones, una sencilla puerta comunicaba con el oratorio.»



Los coloquios de Guadaira fueron referencia obligada en la vida cultural sevillana. Los más diversos ámbitos del saber eran ocasión de diálogo. El vestíbulo y la escalera suplían la ausencia de salón de actos.



«Los antiguos colegiales eran ante todo unos gulas magníficos que nos ayudaban a vivir, desde el primer momento, el ambiente de la residencia e incluso nos acompañaban en nuestros primeros pasos por la Universidad.»



La actividad iniciada por algunos residentes, en el curso 1962-63 —promoción en el barrio de Triana de un centro de carácter educativo— es hoy el Instituto Tecnológico Altair. Una gran generosidad económica y muchos esfuerzos humanos lo han hecho posible.



Sevilla ha crecido rápidamente, pero su Universidad la ha aventajado en el crecimiento. Con el recuerdo del viejo edificio de la calle Laraña, que la albergó desde 1771, pasamos una página de su historia.



Primeros años

A comienzos de 1945, varios socios del Opus Dei que ejercían en Sevilla su trabajo profesional iniciaron gestiones para instalar, por deseo de Mons. Escrivá de Balaguer, una residencia de estudiantes. Y en poco tiempo consiguieron un edificio en la calle Canalejas, número 8, muy cerca de la Campana, con las condiciones necesarias para albergar a una docena de estudiantes.

La casa, obra del arquitecto Aníbal González, sería la sede del Colegio Mayor, en sus primeros veintitrés años. El típico zaguán de entrada comunicaba con el vestíbulo-sala de estar, centro de la convivencia familiar de los residentes. A la izquierda, las salas de visita y de reuniones, fácilmente transformables en salón de conferencias. A la derecha, la escalera de acceso a los pisos altos, con la sala de estudio y las habitaciones. Junto a ella, la salida al patio sevillano: el aroma del jazmín, con el correr del agua en la fuente, hacían de él uno de los lugares más gratos de Guadaira. Un mosaico de la Virgen presidía desde allí toda la vida de la Residencia y recibía las miradas de devoción mariana de muchos centenares de universitarios. Al fondo del patio, tras subir unos escalones, una sencilla puerta comunicaría, años más tarde, con el oratorio.

En años sucesivos este edificio sufrió diversas obras de reforma y aumentó su capacidad hasta 30 residentes. Las nuevas salas podían acoger así a otros muchos universitarios que, sin vivir en la residencia, participaban de sus tareas de formación espiritual y humana. Pero el inicial aire de familia que atrajo a tantos universitarios a Guadaira permaneció: la instalación material no era lo decisivo.

Años más tarde uno de los primeros residentes de Guadaira resumía así sus impresiones de aquella hora: «Un tono humano, simpático, en la incorporación hacía que los *nuevos* nos integráramos pronto en el ambiente de la Residencia. Una de las personas de la Dirección nos iba presentando a los demás como si se tratara de una familia... Al poco tiempo conocíamos mutuamente nuestras alegrías y preocupaciones de tal forma que la felicidad de los demás era también propia y sus problemas eran compartidos por todos.

La ausencia de bromas y de *novatadas* por parte de los *viejos* hacía desaparecer inmediatamente cualquier tipo de recelo. Los antiguos colegiales, ante todo, eran unos guías magníficos que nos hacían vivir, desde el primer momento, el ambiente de la Residencia e incluso nos acompañaban en los primeros pasos por la Universidad.

La altura humana de la convivencia era una nota muy característica... y el orden, que no era necesario imponer con una rígida disciplina, ni siquiera con explicaciones. Las cosas se vivían y esto constituía un fuerte ejemplo para todos.»



Las nuevas instalaciones materiales y el aumento progresivo de personas que viven en torno a Guadaira no han roto el ambiente de intimidad que siempre le ha caracterizado.

Los coloquios de Guadaira

Sería interminable la relación de los profesores universitarios y de los intelectuales sevillanos que empezaron a pasar por la tribuna de Guadaira en su dilatado programa de actividades culturales. Las conferencias, a menudo, iban seguidas de un amplio diálogo en el que los asistentes planteaban con libertad sus puntos de vista. Los «coloquios» de Guadaira empezaron a ser referencia obligada de la vida cultural de Sevilla.

Todos los ámbitos del saber, los problemas de la ciudad, la prensa, la actualidad teatral o literaria, e incluso los avatares del deporte, empezaron a tener cabida en los «coloquios», moderados generalmente en aquellos primeros años por el Profesor D. Jesús Arellano, entonces Director de la Residencia.

La cultura venía a ser un nuevo estímulo para el estudio en la casa de la calle Canalejas. Desde el primer momento los residentes y los estudiantes adscritos a la Residencia — que llegarían a triplicar en número a aquéllos — conocieron la necesidad del estudio para adquirir una sólida formación profesional y también su condición de medio para la santificación y el apostolado. Resonaban en sus oídos las palabras de Monseñor Escrivá de Balaguer: «Para un apóstol moderno una hora de estudio es una hora de oración.» Y la sala de estudio de Guadaira era durante horas el lugar más concurrido de la Residencia.

Las muchas promociones universitarias que han pasado por Guadaira han tenido también a su disposición unos medios para formarse en la doctrina cristiana y para tomar o renovar la conciencia de las hondas implicaciones personales y sociales de la fe: la práctica libre, en un ambiente de familia, de sencillas normas de piedad, habituales en un cristiano corriente; las clases de formación; las visitas a los pobres y enfermos en los suburbios sevillanos; la acción apostólica con los compañeros de trabajo... y tantas facetas por las que discurre calladamente la vida de una persona que siente de verdad la fe y quiere impregnar con ella toda su vida.

La convivencia inmediata con socios del Opus Dei llevó a más de uno a comprender que Dios le llamaba personalmente a través de la Obra. A lo largo de estos veinticinco años de Guadaira son muchos los universitarios sevillanos, hoy profesionales en las más diversas actividades, que pueden relacionar su vocación al Opus Dei con la Residencia. Pero más importante es que los demás, la gran mayoría, saldrían enriquecidos en su vida espiritual por el contacto con Guadaira.

La expansión de Guadaira

El 14 de julio de 1951 la Residencia recibía el título oficial de Colegio Mayor. Eran años de gran afluencia estudiantil a la Universidad sevillana. La propia Universidad había creado tam-

bién su Colegio Mayor y otras instituciones lo harían en años sucesivos.

Guadaira hubo de ampliar sus instalaciones. De los primeros 12 residentes se pasó a 30 y el número de universitarios adscritos al Colegio Mayor superó el centenar. Sin perder el ambiente de familia, Guadaira podría proyectar más ampliamente hacia todos los sectores de la vida sevillana el espíritu que había vivido desde sus comienzos.

Los residentes de Guadaira tenían contactos asiduos con empleados y obreros de Sevilla para mejorar también su formación profesional, compartiendo las tareas formativas de la Residencia. Poco a poco esta labor se estabiliza y cobra consistencia: catequesis en El Vacie, círculos de formación religiosa para empleados jóvenes y obreros de la industria en el propio Colegio Mayor, o en los cercanos núcleos de población de Camas y La Pañoleta, y actividades deportivas que servirían para vincular a la Residencia a otras muchas personas.

En 1956 se hace necesario un local para todas esas actividades, que no podían desenvolverse en el ámbito reducido de Guadaira. De esta forma, el 24 de octubre, nace el Centro Cultural Candilejo, alojado en un reducido piso de la calle Corral del Rey. La escasez de medios es patente: en los primeros momentos no hay por sillas más que unos cuantos cajones de cerveza. Allí se darán cita, a última hora de la tarde, después del trabajo de unos y del estudio de otros, residentes de Guadaira y obreros y empleados jóvenes de mu-

chas empresas sevillanas. El contacto entre ellos hará comprender más a fondo a los universitarios su tremenda responsabilidad y su obligación de contribuir a la auténtica promoción social: pronto serán meros colaboradores de éste y otros Centros similares que, si nacieron con su impulso, hoy son organizados y dirigidos por aquellos obreros y empleados deseosos de una mayor formación, en su nueva sede de la calle Descalzos.

El Centro Cultural Candilejo, con todo, fue sólo el comienzo de una amplia labor de extensión cultural.

En el curso 1962-63 algunos residentes de Guadaira mantuvieron reuniones en el Colegio, con objeto de promover en el barrio de Triana un nuevo Centro Cultural de carácter educativo para los hijos de familias sin posibilidades de adquirir una formación cultural y profesional adecuada. No fue difícil conseguir unos bajos comerciales en la calle Lope de Gómara, 21, en pleno corazón del barrio trianero. Después vino el nombre — Altair —, y los profesores — gente de Guadaira y amigos suyos que ofrecían desinteresadamente unas horas de su tiempo diario —, y los planes de estudio — preparatoria de ingreso, bachillerato, estudios nocturnos —, y las experiencias. Altair fue el primer centro docente que siguió en Sevilla el bachillerato radiofónico. Durante tres cursos aquel piso bajo de la calle Lope de Gómara es un punto de atracción para todo el barrio. A cualquier hora del día la chiquillada bulle en las clases sin imaginar todavía el futuro desarrollo de Altair.

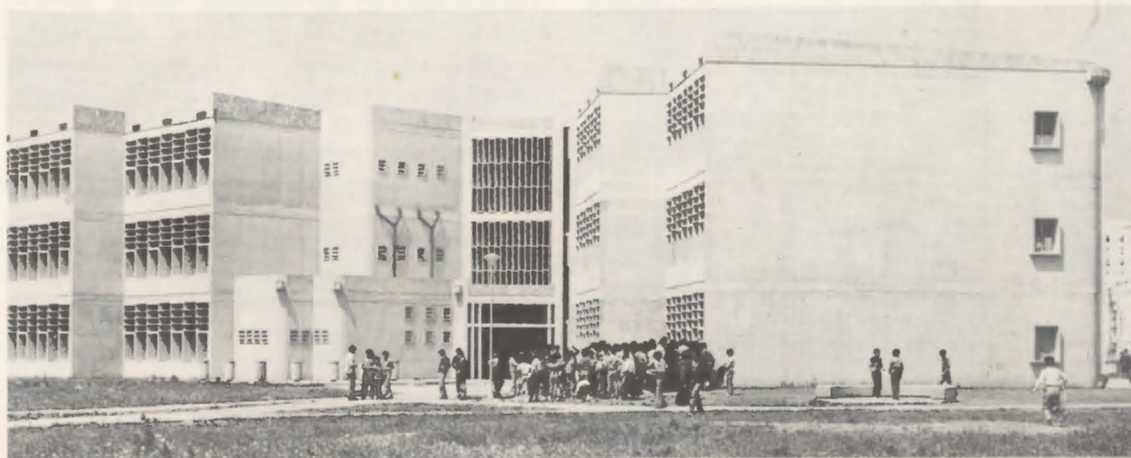
Las dificultades económicas para mantener el Centro son considerables. Es entonces cuando muchos antiguos residentes de Guadaira prestan su cooperación generosa y comienza a gestarse el Instituto Tecnológico Altair.

En 1967 se conseguirán unos terrenos baldíos, en la Carretera de Su Eminencia, junto a los suburbios del sur de Sevilla. Las nuevas barriadas de Juan XXIII, La Plata, El Cerro del Aguila y Amate acompañan en su crecimiento a las primeras edificaciones del nuevo Instituto. Son sencillas, de hormigón visto y traza funcional. Pronto

se llenarían del griterío de chavales que jugaban en la calle todo el día.

Altair crece. Un Patronato compuesto en su mayor parte por antiguos colegiales de Guadaira se encarga de solventar los problemas económicos; varios residentes dan clases en la sección nocturna. Todos confían que en 1975 un extenso centro educativo llene por completo el solar casi vacío de hoy, y todos se alegran pensando que entonces nadie recordará las horas y el empeño inicial de tantos colegiales de Guadaira.

«Altair ya empieza a llenarse del griterío infantil de los chavales que antes jugaban en las calles de las barriadas de Juan XXIII, El Cerro del Aguila y Amate...»



El crecimiento de la Universidad obliga a buscar nuevos edificios: la antigua Fábrica de Tabacos alberga hoy tres Facultades y el Rectorado.



Cuando los muros se dilatan

La casa de la calle Canalejas envejece. El edificio que, en la Semana Santa de 1945, comprara un grupo de sevillanos para facilitar esa labor apostólica de la Obra empieza a ser insuficiente para la atención de todos los universitarios que quieren participar de sus actividades. Cada verano la Dirección se ve obligada a rechazar muchas peticiones de alojamiento, y durante el curso no caben en las salas de estudio todos los adscritos. Se hace necesario un nuevo local que multiplique la capacidad del Colegio Mayor. La tarea no es nada fácil: hace falta un solar próximo a la Universidad, conseguir dinero, preparar planos y proyectos.

Entretanto, en el moderno barrio de Los Remedios surgen dos extensiones culturales de Guadaira. La primera, en la calle Asunción, para alumnos de los últimos cursos de Bachillerato, en 1962. Tres años más tarde, en la plaza de Cuba, otra para universitarios. En 1964, el Club Juvenil Tarfía, en la calle Manuel Siurot.

En estas extensiones culturales se despliega una nueva actividad: los cursos de Orientación Profesional para alumnos de Bachillerato, que facilitan a los bachilleres su incorporación a la Universidad y les abre horizontes profesionales y humanos.

Al mismo tiempo la idea de construir una nueva sede para el Colegio Mayor va madurando

poco a poco. El hallazgo de unos terrenos en la avenida de la Victoria —la Palmera—, a pocos minutos de la Universidad, apresura el comienzo de las obras. En junio de 1966 se abren paso las zanjas en que se hundirán los cimientos del nuevo Guadaira. Un año después se adivina ya entre los muros de ladrillo el emplazamiento de los patios sevillanos. El nuevo Guadaira va ganando altura: un piso, dos, tres, el tejado rojo, la cal sobre las fachadas, las rejas sevillanas, el enchinado de los patios, las fuentes de cerámica, las galerías de arcada. El nuevo edificio parece una cortijada sevillana en el mismo corazón de la Palmera. Lo funcional y el tipismo andaluz coexisten admirablemente en el edificio, obra de D. Lorenzo Martín Nieto.

En los últimos meses del curso 1967-68 Guadaira recibe los últimos toques, para entrar en funcionamiento en octubre de ese mismo año. La capacidad prevista — 100 residentes y 400 adscritos— dará al Colegio una dimensión nueva. Las tertulias sustituirán a los reducidos «coloquios» en el vestíbulo de la casa de la calle Canalejas. Ya no habrá que transformar habitaciones, mover muebles, para las conferencias o las proyecciones de cine: el nuevo edificio tiene un salón de actos. Un amplio oratorio y dos salas de estudio están previstas también en el proyecto. Y una zona deportiva, con piscina y campos de deporte. Varios patios sevillanos, con fuentes y plantas diversas, ayudarán a soportar las altas temperaturas, habituales en Sevilla a partir de los días de la Feria.

Una despedida íntima

No hubo tristeza en la despedida, porque el espíritu de Guadaira marchaba íntegro al nuevo edificio.



Junio de 1968: últimos días del viejo edificio de la calle Canalejas. Los antiguos colegiales y cuantos estuvieron ligados en sus años de Universidad al Colegio se reúnen para su último adiós, pues, apenas se haya efectuado el traslado al paseo de la Palmera, el edificio será derribado para construir en el solar un moderno bloque de viviendas.

Recorren con cierta nostalgia las habitaciones. Todos quieren llevarse un recuerdo: un trozo de mosaico, un mueble..., capaz de hacer revivir los momentos dulces y amargos de su vida en la Residencia.

Un diario sevillano, al anunciar la construcción del nuevo edificio, había ya descrito dos años antes lo que sería aquella reunión íntima:

«En una institución como Guadaira es importante resaltar que una nueva sede sólo supone la mejora de medios materiales al servicio de la actividad formativa que se desarrolla desde el principio: formación de jóvenes universitarios en todos los terrenos: profesional, humano, social, espiritual...

Muchos centenares de personas han desfilado por el Colegio Mayor... Recordarán episodios de su vida —algunos decisivos para un hombre joven— que han dado forma y relieve a los años transcurridos en la Universidad.

Recordarán a gusto cómo el callado y eficaz compañerismo de todos los residentes fue fundamental para orientar su vida, para encontrar a Dios, para tomar decisiones en el terreno personal o profesional.

El que fue primer director de Guadaira, el cirujano Ignacio María de Orbegozo, es actualmente sacerdote, obispo de Chiclayo (Perú). Casi por contraste, puede recordarse al residente menorquín, hoy médico, que, casado con una hindú, ejerce su profesión en Liberia. No es raro que con cierta frecuencia aparezca en Guadaira un matrimonio con varios niños, y que el marido, anti-

guo residente, muestre la casa a su familia como algo propio. Estas visitas menudean más cuando afluyen a Sevilla muchas personas de otros puntos de España. La visita a Guadaira es paso obligado. Hay antiguos colegiales que trabajan en Bogotá, Manila, París, Nueva York, Asunción, Roma. Una de las últimas dedicatorias del libro de visitantes se debe al profesor B. Stanfield, de Columbia University: «Una experiencia preciosa. Nobleza de espíritu muy impresionante. Me considero afortunado de conocer este Colegio y enriquecido por mi contacto con ustedes. Gracias.»

Y mil anécdotas más, que dibujarían el ambiente humano de la mayoría: hombres que en Guadaira han aprendido del prestigio profesional, de la seriedad que supone la vida cristiana reciamente vivida y que hoy, padres de familia, llevan a sus casas la alegría aprendida en un ambiente hogareño; trabajan en la vida pública del país dando ejemplo de responsabilidad y convivencia; ejercitan, otros, la docencia universitaria; colaboran con universitarios de Guadaira en tareas de promoción social como el Instituto Altair, etc. Hoy todos ellos agradecen esa noble manera de vivir aprendida al calor de la formación recibida del Opus Dei» (Avelino Gallar, *ABC de Sevilla*, 5-XI-65).

Pero también hubo quien no se enteró del cambio de domicilio. En una carta recibida hace poco en Guadaira, un viejo residente explica así su cariño y su sorpresa: «Hace unos meses, obligaciones profesionales me llevaron a Sevilla, donde hacía años que no ponía los pies. Era uno de

esos viajes absurdos de avión a avión; en media hora que me vi libre cogí un taxi a Canalejas, 8. En el lugar de mi vieja Residencia, me encontré, signo de los tiempos, una estructura de hormigón. Y uno, que es así de cursi, se fue con una tremenda pena. Por supuesto, no sabía nada del traslado de la Residencia.»

Muchos recuerdos de viejos tiempos, sugerencias y planes en la preparación del XXV Aniversario.



Unas palabras del Fundador del Opus Dei

Muchas y muy variadas son las obras corporativas que el Opus Dei ha promovido en todo el mundo, al filo siempre de las necesidades del

país donde se encuentran enclavadas. Pero en la base de todas ellas hay algo común que el fundador de la Obra, Mons. Escrivá de Balaguer, señalaba en una entrevista de prensa: «Los rasgos que las caracterizan pueden resumirse así: educación en la libertad personal y en la responsabilidad también personal. Con libertad y responsabilidad se trabaja a gusto, se rinde, no hay necesidad de controles ni de vigilancia: porque todos se sienten *en su casa*, y basta un simple horario. Luego, el espíritu de convivencia, sin discriminaciones de ningún tipo. Es en la convivencia donde se forma la persona; allí aprende cada uno que, para poder exigir que respeten su libertad, debe saber respetar la libertad de los otros. Finalmente, el espíritu de humana fraternidad: los talentos propios han de ser puestos al servicio de los demás. Si no, de poco sirven. Las obras corporativas del Opus Dei, en todo el mundo, están siempre al servicio de todos: porque son un servicio cristiano.» (*Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, Ed. Rialp, 5.ª Ed. Madrid, 1970, núm. 84).

Cuando, en octubre de 1968, el Colegio Mayor Guadaira inaugura el curso en su nuevo edificio, una nueva etapa ha comenzado también. Un centenar de universitarios están empeñados en trasplantar a un ámbito mayor la convivencia familiar de la antigua y reducida sede. El esfuerzo ha de ser intenso porque no es fácil evitar roces en los jóvenes, en la época de formación de la personalidad. Sólo el respeto a la libertad de los demás, un profundo espíritu de convivencia y el deseo de ha-

cer a todos la vida agradable puede conseguirlo. Y, poco a poco, los residentes y los adscritos de Guadaira van logrando, en esa nueva dimensión, el ambiente familiar e íntimo de los primeros años de la residencia.

Guadaira ha sido capaz de promocionar un centro cultural para empleados, un instituto tecnológico que enseñará a 1.500 alumnos, varias extensiones culturales para bachilleres, universitarios y trabajadores. Ahora tiene también la nueva frontera de su expansión interna.

Las actividades culturales llegan a más personas. Cursos de Iniciación Universitaria, ciclos de conferencias, recitales de música, coloquios con personalidades destacadas, cursos de Verano

—21 han tenido lugar en la historia de la Residencia—, fiestas internas..., se celebran con la misma ilusión de siempre.

Las clases y charlas de formación cristiana, las meditaciones y retiros, las catequesis, todo se sigue realizando con renovado espíritu y con la participación de cientos de universitarios que no tenían espacio en el viejo edificio. A todos alcanza ahora esa *educación en la libertad personal y en la responsabilidad personal, el espíritu de convivencia, la ausencia de discriminaciones, el espíritu de humana fraternidad*, que Mons. Escrivá de Balaguer ha inculcado a los socios del Opus Dei y éstos procuran infundir en la entraña de todas las obras corporativas de la Asociación.

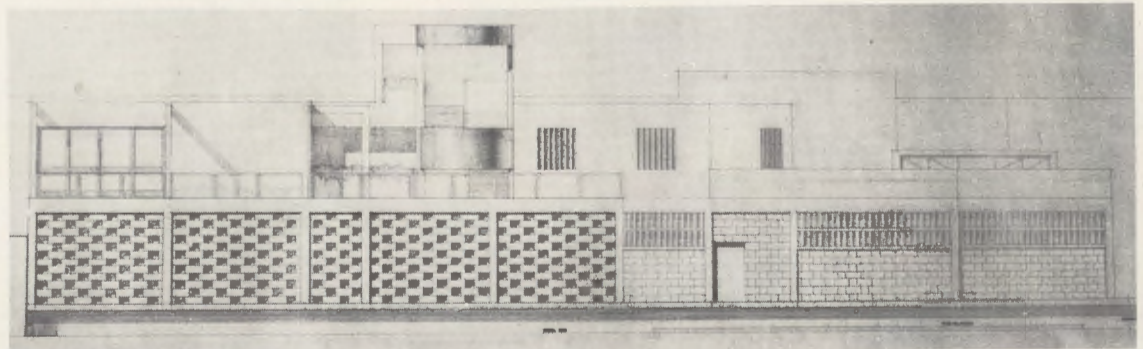


Las dificultades económicas

Desde el primer momento, muchas personas han contribuido con su aportación generosa a que no faltaran los medios materiales para sacar adelante esta labor. En 1945 un grupo de sevillanos se reunió para adquirir el edificio de la calle Canalejas. Luego, a lo largo de los años, la aportación de otras muchas personas vino a sostener toda esta labor formativa, por definición deficitaria.

Las nuevas instalaciones, con su mayor capacidad, han exigido una inversión cuantiosa y los gastos de funcionamiento son también elevados: con la aportación de los propios residentes se cubre un 72 %; con la ayuda del Estado, un 4 % más.

En este alzado se adivina lo que será en breve el Club de Remo Guadaira, en el cauce del Guadalquivir, cerca del Colegio Mayor. Una nueva actividad abierta a los universitarios sevillanos para la práctica de ese popular deporte.



El resto queda pendiente del trabajo y de la generosidad de quienes entienden y aprecian la labor de Guadaira. Un Patronato, presidido por el Ingeniero de Caminos D. Antonio Trueba, canaliza actualmente estas ayudas al Colegio Mayor.

El déficit se acrecienta hoy con la amortización de las inversiones efectuadas. Se necesita, por eso, una mayor cooperación de personas dispuestas a patrocinar la primera tarea de Guadaira: la formación de tantos universitarios. Ellos podrán luego llevar adelante nuevas actividades de cultura y promoción social, durante su vida en el Colegio Mayor —como hemos podido contemplar a lo largo de estas páginas—, o, después, al término de sus estudios, en el ejercicio de su profesión, en cualquier puesto de la sociedad.



En una fiesta familiar e íntima, se preparó el programa de la celebración. Asistieron muchos antiguos residentes y adscritos en unión de sus familias. Otros, los que por circunstancias profesionales no pudieron acudir, enviaron su adhesión a los actos.

Un solemne acto académico centró la conmemoración del XXV Aniversario. El Director del Colegio, D. Jaime López de Asiain, pronunció unas palabras de agradecimiento a las autoridades que quisieron honrar con su presencia al Colegio Mayor.

La lección magistral, a cargo del Rector de la Universidad de La Rábida, D. Vicente Rodríguez Casado, hizo revivir toda la historia de Guadaira. A continuación, el Rector de la Universidad sevillana, D. José Antonio Calderón Quijano, pronunció unas palabras sobre la labor realizada hasta ahora. Por último, se efectuó la imposición de becas de honor.

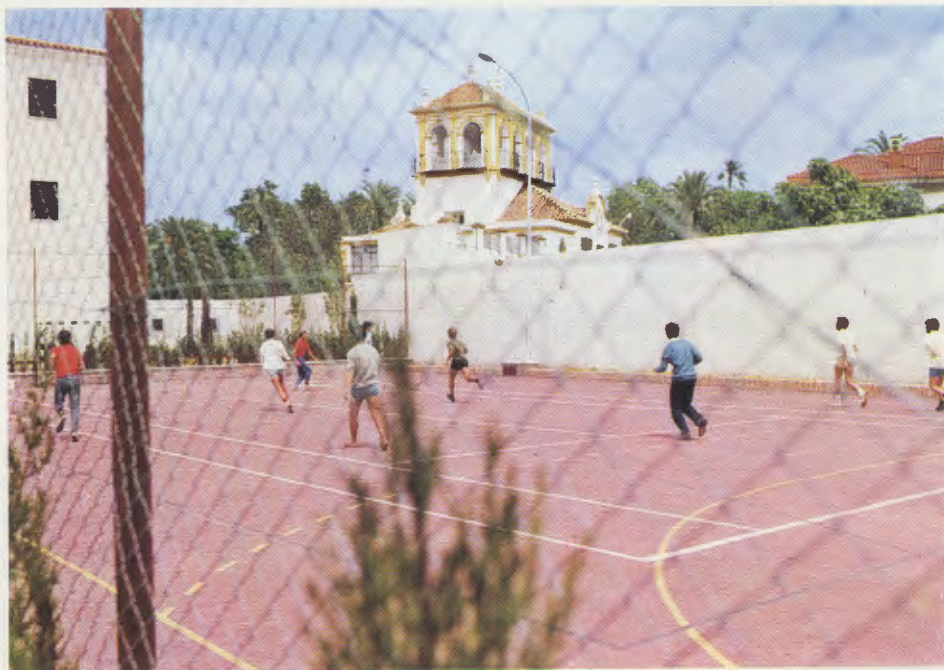
Veinticinco años de historia se cierran ahora. Un nuevo período de realidades en pro de la formación de los universitarios ha comenzado en Guadaira.

23 de mayo de 1970. Acto académico en los 25 años.





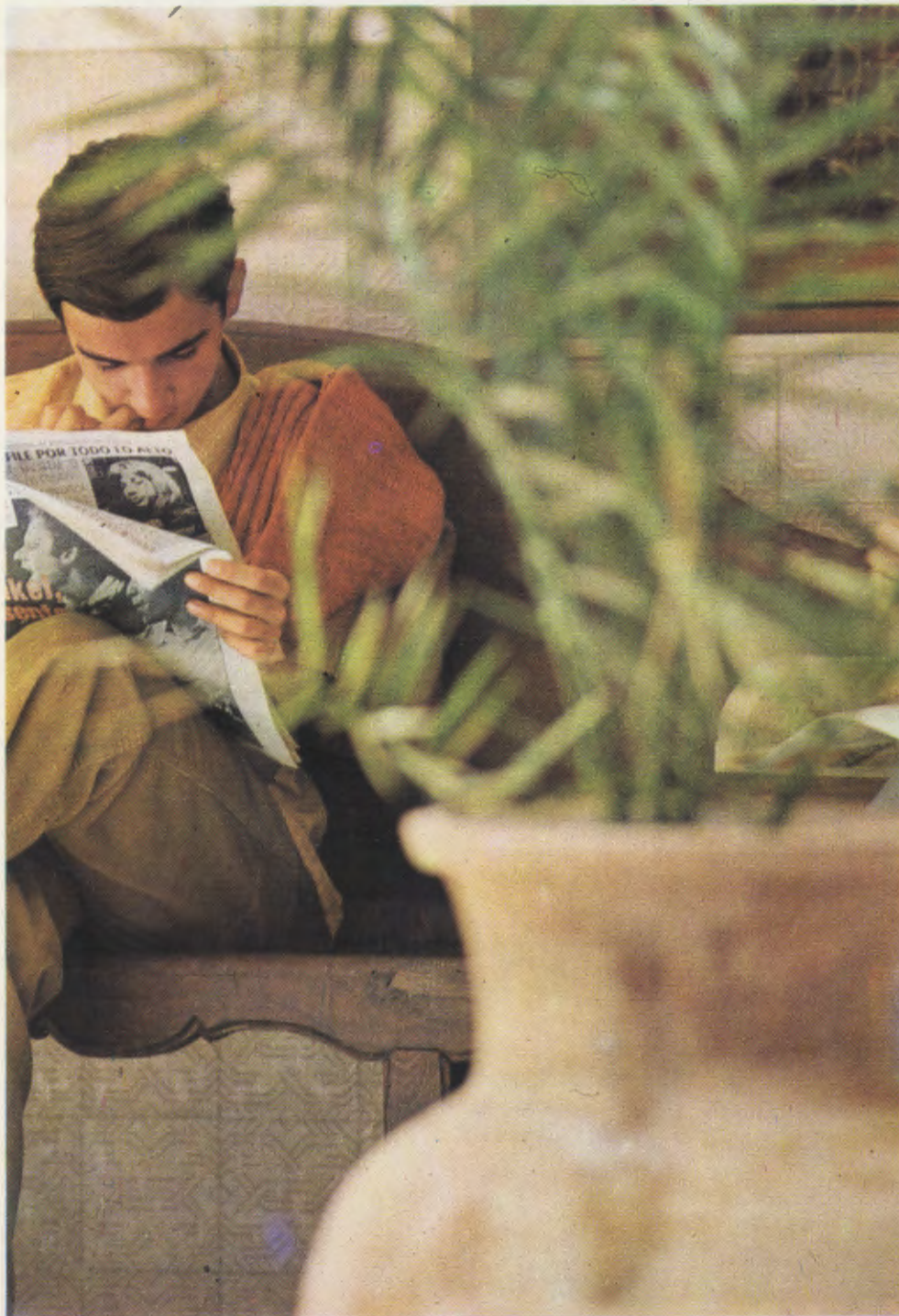




UNIVERSIDAD DE NAVARRA
BIBLIOTECA DE HUMANIDADES







UNIVERSIDAD DE NAVARRA
SERVICIO DE BIBLIOTECA

COLEGIO MAYOR GUADAIRA,
Avda. de la Victoria, 2
SEVILLA

Octubre 1970

Proyecto: **EIKON**

Depósito legal:

ALTAMIRA-ROTOPRESS, S. A.



EXC
DE P



UNIVERSIDAD DE NAVARRA



101521730